

EL TESORO DORADO

2º-3º

Hace mucho tiempo, según dice una antigua leyenda, había un puerto muy activo en Holanda llamado Stavoren. Los barcos se hacían y regresaban de la mar de todas partes del mundo, trayendo mucha riqueza y muchos tesoros a la gente que vivía allí. La familia más rica tenía una hija única. Tenía muñecas y juguetes de todas clases y hermosas ropas que usaba, pero nunca estaba satisfecha, deseando siempre tener más.

Cuando esta niña creció, tenía más barcos que nadie y vivía en la mansión más hermosa de Stavoren. Pero ni aun así estaba contenta. Era egoísta y mala. La gente la llamaba "*la Dama Orgullosa*".

Una noche se desencadenó una tormenta haciendo que las embarcaciones se refugiaran en el puerto.

Sola en su mansión estaba sentada la Dama Orgullosa oyendo el viento soplar en las ventanas y quejarse en las chimeneas, cuando alguien llamó insistentemente a su puerta.

Entró un extraño que era capitán de navío.

"¿Qué os trae en una noche como ésta?", preguntó la Dama.

"Durante años he navegado los grandes mares", contestó. "Siempre he oído decir que vuestros navíos son los mejores. Esta noche la tormenta me obligó a buscar refugio, y aprovecho la ocasión para venir a pedir os un favor. Me gustaría navegar en uno de vuestros barcos adonde tuvierais a bien enviarme".

Por ser la dama tan avara e injusta, le era difícil encontrar hombres que quisieran entrar a su servicio. Le había impresionado el capitán así como su franca manera de ser.

"Mi barco más nuevo y mejor es el Tesoro Dorado; se encuentra anclado en espera de un capitán", le dijo. "Dicho capitán deberá ser un hombre que navegue los siete mares a sitios donde nadie haya navegado previamente, y me deberá traer lo que sea lo más precioso en el mundo".

Mientras la tormenta se abatía en el exterior, el capitán guardaba silencio. Y por fin, dijo lentamente:

"Si vos me confiarais el Tesoro Dorado, navegaría todos los mares y océanos, hasta encontrar lo que fuese más precioso sobre la tierra y os lo traería de regreso".

"Entonces, haceos a la mar mañana mismo", ordenó.

A la siguiente mañana, el Tesoro Dorado levantó anclas y después de muchas semanas llegaron a un lugar en donde se hacían preciosos trabajos de cristal. Los expertos vidrieros hacían esferas de muchos colores, que daban la impresión de ser tan ligeras que parecía que flotaran en los aires como otros tantos globos.

El capitán pensó cuán hermosas se debían ver en la casa de la Dama. Pero tal vez aún encontrara algo más precioso en otras lejanas tierras, así es que se hizo a la vela para buscar más.

Pasaron muchos meses en el mar y por fin, el Tesoro Dorado llegó a un país donde las gentes vestían túnicas de seda, bordadas con fieros dragones. Relucientes sedas llenaban las tiendas y para los niños había muñecos tan reales que casi parecían niños también.

El capitán y los marineros quedaron maravillados. Entonces el capitán recordó que la señora había tenido puesto un rico vestido de seda y como no tenía niños quienes pudieran amar las muñecas, se volvió a hacer a la mar con las manos vacías.

El clima se volvía más cálido y cuando por fin se les había acabado el agua de a bordo con la que pudieran apagar su sed, el Tesoro Dorado entró en una pacífica bahía. Una corriente de agua dulce desembocaba en la bahía y árboles de frutas raras se encontraban en sus alrededores, tales como plátanos y cocos. Estos serían tesoros que rebosarían los platos de plata de la dama, pero tal vez hubiera algo más precioso más adelante, así es que nuevamente se hicieron a la vela.

Navegaron durante muchas semanas sin avistar tierra. El mar inacabable les rodeaba. Los alimentos escaseaban a bordo del Tesoro Dorado, y los marinos estaban hambrientos y enfermos.

Por fin, llegó el día en que el vigía gritó: "¡Tierra a la vista!", y al día siguiente el Tesoro Dorado navegaba por un anchuroso río. En ambas orillas había campos inacabables de dorado trigo. Donde hay trigo, hay pan. ¡Los hambrientos marinos volverían a comer!

El capitán hacía correr los dorados granos por sus manos. Esto era lo más precioso del mundo, pues daría alimento a la gente hambrienta de todo el mundo.

Llenó su barco con costales de trigo hasta que ya no cupo más. Se hizo a la vela rumbo a Stavoren con la carga más preciosa del mundo.

Durante tres años, la dama había ido a la orilla del mar a ver si veía al Tesoro Dorado aproximarse. Soñaba con la inmensa riqueza que le traería, sin fijarse que había mucha gente pobre y hambrienta en el pueblo. ¡Hasta que por fin una mañana apareció el navío entre la bruma!

En cuanto atracó la nave, le gritó al capitán:

"¿Qué me habéis traído?"

"Oro", respondió. "Trigo dorado... toneladas y toneladas... es lo más precioso del mundo".

La dama se asomó a la bodega de la nave. ¡No había joyas, ni pieles, ni sedas, ni oro, ni plata, únicamente una montaña de costales!

-¿Cómo osáis llamar a esto precioso? Tiradlo por la borda. ¡Tiradlo absolutamente todo!

-"Es trigo, pan para los hambrientos", replicó el capitán.

-"Hambrientos en verdad", replicó. ¡Yo no estoy hambrienta ni lo estaré nunca! ¡Arrojadlo por la borda!"

Aunque la gente del pueblo le suplicaba que no lo hiciera, uno por uno fueron arrojados los sacos de trigo al mar donde se hundieron hasta el fondo. Cuando la dama buscó al capitán, éste había desaparecido.

Pasó el tiempo y la leyenda nos dice que el trigo empezó a germinar. Creció hasta que los tallos sobresalían de la superficie del agua, ondeando al influjo del viento y de la marea, pero no dio fruto. Eran plantas estériles. Aún peor, el trigo detenía arena y lodo, de manera que la Bahía de Stavoren se azolvó y los navíos ya no pudieron usarla.

Los dueños de barcos y los mercaderes se fueron a otros puertos y los obreros y los comerciantes los siguieron. La poca gente que se quedó cada día era más pobre. Finalmente, aún la Orgullosa Dama tuvo que abandonar el lugar. Muchos de sus barcos se habían perdido en alta mar. Había vendido todos sus tesoros para procurarse alimento. No quedaba nada de su gran fortuna. Tan pobre y hambrienta como los demás, cargó sus escasas pertenencias sobre una carretilla y se fue de aldea en aldea buscando pan y abrigo.

A menudo pensaba en los sacos de trigo que había ordenado que se arrojaran al mar. Entonces tenía abundante pan y no tenía hambre, pero ahora carecía de él y se moría de hambre.

El sol se ponía en un dorado atardecer cuando iba pesadamente haciendo su entrada en un pueblecito. Viendo a un hombre, conforme se acercaba a él pensó reconocerle. ¿Se trataba de alguien a quien había conocido antes? De pronto estuvo cierta. Humildemente dijo:

-"Debí haber dado el trigo que vos trajisteis a los hambrientos".

El capitán asintió con la cabeza.

-"Ahora sabéis que no hay nada más precioso en el mundo".

Entonces le pidió que entrara en su casa y le ofreció una silla cerca del fuego.

Aquí termina la leyenda, pero hasta la fecha la bahía de Staveren está llena de arena y lodo y ninguna nave surca sus aguas.

Aportación de Dora R.